



2. El ataque de los Viras

No hubo manera de convencer a los padres de Kenko y Sagli de que devolvieran el Croke. Ellos estaban entusiasmados con la nueva actitud responsable de su pequeña y no entendían las razones que ambos hijos les daban para deshacerse de aquel objeto.

- De verdad papá que este juguete no me gusta. Tengo que estar muy pendiente de él, no es divertido.
- Sí, yo creo que a Kenko le estresa mucho –añadía Sagli –es mejor que te lo lleves.
- ¡Qué tonterías decís! Hasta hace unos días estabais encantados y ahora resulta que no lo queréis ni ver. Nada, nada, Kenko, tienes que acostumbrarte a tener alguna responsabilidad. Y cuidar del Croke, además de no ser complicado, es divertido. En la vida te va a tocar cuidar de alguien o de algo y esta es una bonita forma de empezar.

El mes siguiente fue muy tranquilo, hasta que a principios de julio, un viernes de puente, toda la familia decidió irse al cine. Eran casi las ocho cuando, ya de regreso a casa, Sagli se dio cuenta del olvido.

- ¿Te has traído el Croke, verdad? –dijo al oído a su hermana, para que sus padres no pudieran entender lo que estaba pasando.
- ¡Creí que lo habías cogido tú! –contestó la niña, poniendo los ojos como platos.

Efectivamente, se les había olvidado coger la esfera de animales. Al llegar a casa había pasado más de media hora desde las ocho y la habitación de Kenko estaba a oscuras. Los niños subieron al cuarto con la esperanza de que nada hubiera sucedido pero al comprobar el estado del Crope se dieron cuenta de que faltaban las jirafas. Ambos se miraron desconsolados imaginando lo que ahora les tocaba arreglar. Sagli no dudó en llamar a su amigo.

- ¡Qué bien, Sagli! ¡Ya tenemos aventura! –dijo Tove emocionado, desde el otro lado del teléfono.
- Esta vez lo tenemos complicado, Tove. ¡Hay jirafas por todo África y no sé cómo vamos a localizar a las diez que se han escapado! –dijo Sagli apurado.
- ¿Alguna pista?
- Kenko, ¿viste algo en las jirafas que pudiera hacerlas especiales?
- Ummm, no sé... –la niña se quedó pensativa tratando de recordar–. Las manchas empezaban de rodillas para arriba; hacia abajo tenían las patas lisas y blanquitas.

Sagli trasladó a su amigo toda la información que su hermana pudo dar sobre las jirafas. Al cabo de unas dos horas, Tove les envió un *WhatsApp*. Estaba entusiasmado.

- Chicos, ¿sabíais que las jirafas son los mamíferos más altos del mundo?
- ¡Al grano, Tove! –dijo Sagli impaciente por tener toda la información.



- Tranquilo, tranquilo... ¡No veas cuánta información hay en Internet y todo lo que se puede aprender si lo usas con cabeza!

Tove había averiguado un montón de cosas. Las jirafas que tienen las manchas de rodillas para arriba son las jirafas Masái o jirafas del Kilimanjaro, y son las jirafas más altas. Viven entre Kenia y Tanzania alojadas dentro de parques nacionales para su protección. Tove, después de mucho investigar y tras ver un montón de localizaciones, llegó a la conclusión de que lo más seguro es que estuvieran en el Parque Nacional de Amboseli, en Kenia. Esa era la buena noticia; la mala es que se agrupaban en grupos de diez a quince jirafas y, por ello, tendrían que recorrer todo el parque para encontrarlas.

- ¿Y ahora qué? –terminó por decir Tove después de soltar toda la información– ¿nos vamos a la aventura?
- Mis padres están en casa –añadió Sagli–. Por ahora no podemos salir.
- Venid el domingo a mi casa, que estoy solo. Ya viste lo que pasó cuando fuimos a buscar a los pingüinos, el Crope hizo que apareciéramos de vuelta en vuestra casa como si no hubiera pasado el tiempo. Venga, ve pidiendo permiso a tus padres que yo voy gestionando unos vuelos para Nairobi.

A los padres nos les hizo gracia que de forma repentina sus hijos se fueran un día entero a casa de Tove. Pero habían insistido tanto en que el pobre Tove tenía muy pocos amigos y que siempre estaba solo, que finalmente les dejaron ir con la promesa de estar de vuelta en casa antes de las nueve. Tardaron más de doce

horas en llegar a Nairobi. Después de dormir apaciblemente en una estupenda habitación de hotel que había reservado su generoso amigo, se dirigieron sin perder ni un segundo a la base donde Tove había alquilado un *jeep* en una empresa en la que apenas le hicieron preguntas. Dicha empresa pertenecía a una muchacha de diecinueve años llamada Tumaini.

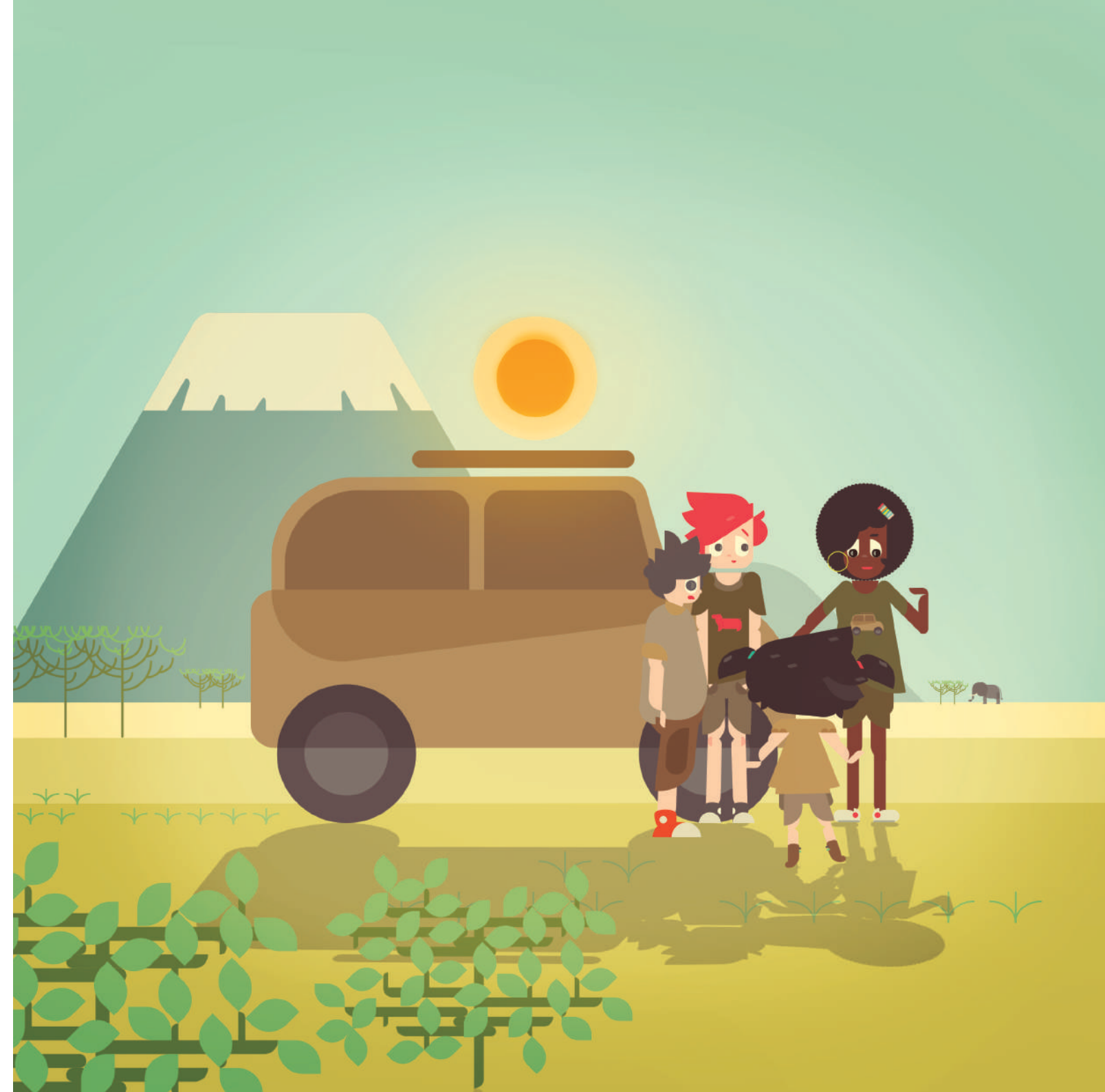
–¿Qué edad tenéis? –les preguntó Tumaini en un perfecto inglés.

–Somos un poco más jóvenes que tú –respondió resuelto Saggi pensando que la chica, al ver su estatura, no se daría cuenta de que no había cumplido los dieciséis.

–¿Me tomas por tonta? Mirad niños, no quiero líos. Me ha costado mucho obtener la licencia para llevar adelante este negocio.

Desde niña, Tumaini tuvo que luchar por recibir una educación. En su tribu a las niñas no les dejaban estudiar, pero ella sabía lo importante que era formarse y aprender. Por eso, con su esfuerzo y tesón, consiguió ir a la escuela y, además, con tan solo quince años y arreglando un viejo *jeep*, logró montar su propia empresa de transporte. Al principio era solo para turistas, pero luego la utilizó para que otros niños y niñas pudieran desplazarse desde las aldeas a las ciudades para poder estudiar. Tumaini era un ejemplo a seguir que muchos niños en su aldea querían imitar.

–¿Dónde están vuestros padres? –preguntó la joven.





Y entonces Kenko, sintiéndose culpable de pronto, estalló.

–La culpa la tiene mi padre –empezó a decir Kenko casi a punto de llorar–. Quiere que yo sea responsable y va y me da una bola llena de animales. Son muy bonitos pero es que... se escapan. Y nosotros venga a viajar y viajar para rescatarlos y que vuelvan a la esfera. Y luego resulta que no son tan majos y se portan fatal cuando están sueltos, y además... ¡tengo hambre! –terminó diciendo la niña al borde de las lágrimas.

Después de aquel discurso, y viendo que Tumaini intentaba consolar a Kenko con gran ternura, los muchachos decidieron confiar en ella y le explicaron la historia del Croke. Tumaini al principio se quedó sorprendida pero, estaba tan acostumbrada a escuchar los mágicos relatos y leyendas de su tribu, que finalmente creyó que los muchachos decían la verdad. Así que decidió ayudarles.

Juntos organizaron los víveres y los materiales de supervivencia de la expedición y se dirigieron al Parque Nacional de Amboseli. Una vez allí sacaron el Croke para que les indicara la ubicación de los hologramas. Recorrieron cientos de kilómetros y vieron grupos de jirafas, pero estaban tranquilas en la sabana o comiendo de las copas de los árboles. Por fin, divisaron un grupo de diez jirafas a las que notaron algo extraño. Al acercarse vieron que estaban inmóviles mirando al cielo, completamente petrificadas. Entonces los cuatro dirigieron sus miradas hacia el mismo punto al que miraban las jirafas y... los vieron.

Cientos de bichos verdes plagaban el cielo. Tenían un montón de tentáculos terminados en ventosas, parecían pulpos. De repente, los bichos se abalanzaron

sobre los hologramas de las jirafas atrapándolas con sus enormes tentáculos. Las jirafas se revolvían intentando escapar, pero los bichos las metieron en una red y se las llevaron volando por el cielo. Todo transcurrió en apenas unos segundos.

–¿Qué ha pasado, Sagli? ¿Qué eran esos bichos? –preguntó Kenko.

–No lo sé –contestó asustado Sagli.

Eran los Viras, unos bichos que atacaban a los hologramas porque necesitaban de su energía para poder existir y multiplicarse. La anciana tenía razón, eran reales.

–¡Rápido, subid al *jeep*! –les apresuró Tumaini.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó Kenko.

–¡Pues alcanzar a esos bichos y liberar a vuestros hologramas! ¿Acaso no habéis venido a eso?

–¡Yupiiiiii, viva la aventura! –añadió Tove dando gritos de alegría, mientras el resto le miraban enfadados.

La persecución fue de auténtica película. El *jeep* corría a gran velocidad y levantaba una gran polvareda a su paso. Los niños iban dejando atrás elefantes, cebras, leones y el imponente paisaje de la sabana africana. Estaban emocionados, ¡eso sí que era una auténtica aventura!

Delante de ellos, los Viras iban volando a gran velocidad. De pronto, al llegar a la altura del río, vieron cómo cambiaban su rumbo para dirigirse hacia unas majestuosas montañas con cumbres nevadas elevadas en mitad de aquella planicie.

–¿Qué son esas montañas? –preguntó Sagli.
–Es Kilimanjaro y no me gusta que se dirijan hacia allí precisamente.
Hay tres volcanes inactivos en esas cumbres –apuntó Tumaini–.
Tenemos que ir más deprisa.

La muchacha aceleró la marcha, segura de que algo malo les iba a suceder a los hologramas si no llegaban a tiempo. Pero los Viras eran más rápidos y llegaron a la ladera de uno de los volcanes, el Uhurú, el punto más elevado de África.

–¡Vamos, bajad! Tenemos que continuar a pie –dijo Tumaini.
–¿Tendremos que subir por ahí? –preguntó Kenko asustada.
–¡Pues claro! ¡Ánimo, que es fácil!

De pronto, contemplaron atónitos cómo la joven empezaba a correr como si fuera una gacela. Sus piernas eran ágiles y parecía no molestarle los terrenos empedrados. Cada vez se alejaba más, dando inmensas zancadas sin esfuerzo. Los niños estaban con la boca abierta. Era increíble verla correr. Y sin saber cómo, vieron cómo aquella simpática muchacha se había colocado justo debajo de los verdes Viras. Tumaini tomando impulso sobre una roca dio un enorme salto hasta alcanzar la red que tenía prisioneros a los hologramas, se quedó colgando de ella y los Viras, sin saber reaccionar, soltaron su presa y salieron huyendo hacia las profundidades del volcán. Los niños siguieron corriendo hasta alcanzar a Tumaini.

–¡Qué pasada! –dijo Sagli–. ¿Dónde has aprendido a correr así?



–Soy de la tribu Kalejin, todo lo que está a nuestro alrededor está lejos, así que vamos corriendo –dijo sonriendo y respirando de forma entrecortada por el esfuerzo realizado–. Veo que vosotros no estáis muy en forma, ¿eh?
–Bueno, yo juego al baloncesto en el cole, pero no es lo mismo que correr –dijo molesto Sagli.
–¡Jope, entonces eres de la tribu que más títulos ha conseguido en las carreras de media y larga distancia! –comentó Tove.
–Efectivamente, Tove –respondió Tumaini sonriendo–. En mi tribu es muy importante correr y estar en forma, porque nos ayuda a vivir mejor. Pero para vosotros también debe ser importante. No dejéis de moveros y de hacer ejercicio para tener más fuerza y energía, amigos. El deporte no solo os dará salud, también os dará control sobre vosotros mismos y poder sobre vuestra vida. ¡No lo olvidéis! –dijo Tumaini sonriendo y guiñándoles un ojo.

Los niños asintieron y miraron con admiración a aquella joven que les había ayudado sin pedir nada a cambio. Su fortaleza y generosidad les acompañaría siempre. Pero había llegado el momento de decirle adiós. Habían cumplido su misión, así que se despidieron de ella sabiendo lo que sucedería una vez sacaran el Croke de la mochila. Y así fue. Los hologramas de las jirafas entraron en la esfera y enseguida aparecieron en casa como si aquella aventura no hubiera sido real. Pero Tumaini sí era real y su recuerdo nunca desapareció de sus corazones.

